

## NÚM. XIV

## SAN COLUMBANO Y SAN BONIFACIO.

Aunque los Germanos se convirtieron al Cristianismo en los primeros tiempos de su predicación, cayeron en los errores de Arrio, inducidos por sus mismos obispos; siendo los Francos, entre todos los Bárbaros, los que merecieron la gloria y el honor de observar mas fielmente la verdad católica, y eso que á pesar del bautismo no se habían refrenado las costumbres del rey ni la superstición del pueblo: Revelábase, empero, al través de aquel desorden moral y político el destino reservado á los Francos, de cimentar la grandeza temporal de la Iglesia, de continuar el poder romano, y de poner coto á las invasiones. Clodoveo al combatir á los arrianos, Visigodos y Borgoñones, tomó como pretexto la propagación de la religión católica, y dió muestras con este paso de respetar la conciencia de los convertidos, que ya exigían miramientos de los ejércitos. Al poner el poder secular á disposición de la religión fundaron los Francos los cánones, de donde emana la autoridad temporal de la Iglesia, y que mas adelante promovió las empresas de Carlo Magno y de los Cruzados. Adoptáronse medidas que limitaban la barbarie, manteniendo lo bueno de la civilización antigua con un poder que la protegía: cuya importante misión excusa en cierto modo á los obispos que acataban á los reyes criminales, recordando la respuesta de San Remigio á los detractores de Clodoveo: « Mucho puede perdonarse á aquel » que se ha hecho propagador de la fe y salvador de las provincias. »

Difundida la fe al principio por mediación de los obispos, encontraron estos fervorosos colaboradores en los monjes, que no solo vivían en las ciudades sino que también iban con las turbas ambulantes y no se contaminaban con los vicios de la corte.

Al introducirse en la Iglesia los Bárbaros turbaron los santos hábitos primitivos, invadiendo el sacerdocio, y ocupando las sedes episcopales: estos obispos guerreros y cazadores no podían dar ejemplo de santidad, y la ignorancia era una gloria entre los nobles y el clero. Aquella aristocracia militar, apoyada por la simonía, perpetuada por el concubinato,

hubiera convertido el sacerdocio en una familia y á la Iglesia en un feudo, si los papas no se hubieran opuesto y si no surgieran nuevos auxiliares que les ayudaran en la misión de convertir almas.

Estos auxiliares vinieron de Ibernía, país remoto, que recibiera la fe de San Patricio, discípulo de San Martino y de San Germano de Auxerre (1). Convertida la Irlanda en pocos años por la palabra de un hombre solo, en poco tiempo se cubrió de monasterios, y entre ellos los de Bangor, Lismore y Clonaro contaban cada uno tres mil monjes: inflamados con el amor del estudio y del apostolado, nutridos en las letras divinas y humanas, en la ciencia y en la fe, necesitaban comunicarla á su alrededor. Atravesaron, pues, los mares y se difundieron sobre los escollos de las Hébridas, y sobre las montañas de Escocia, é impulsados por una especie de piedad filial se encaminaron á las iglesias de la Galia, de donde ellos recibían el Evangelio. Allí llegaron con todo el vigor de una raza virgen no infestada con las costumbres licenciosas del Mediodía, renovaron las filas del clero ocupado en la conversión de los infieles, y de este modo se encontraron unidos hombres de tres naciones: Galo-Romanos, que por mucho tiempo formaron el núcleo del sacerdocio; Francos, á quienes no atraía la ambición y la simonía; Irlandeses, que corregían la molición de los primeros y la ignorancia de los segundos, y que formando una milicia con todos, los llevaban á la conquista cristiana por Alemania y Baviera, atravesando el Rhin.

Las tribus germánicas, que habían formado una confederación poderosa bajo el nombre de Alemanes, rechazados de la izquierda del Rhin por los ejércitos de Clodoveo, se retiraron á los valles de la Suevoia y de la Suiza, y gobernados por jueces francos, conservaron la libertad de creencias y costumbres. Tenían templos y sacrificios públicos, y en los caminos se tropezaba con cuadrillas de Bárbaros, ocupa-

(1) Seguimos A. F. OZANAM, *Del establecimiento del Cristianismo en Alemania.*

dos en contemplar el caldero donde hervía la cerveza consagrada á Wodan (1). Los pocos sacerdotes que en las poblaciones existían, eran insuficientes á evitar la ruina de las iglesias profanadas.

Al principio del siglo VI empezó la predicación de los Irlandeses en este país, y es sublime la poesía con que se describe en las leyendas la navegación de estos apóstoles de ultramar, sus heroicos viajes en los desfiladeros de los Alpes, al través de los hielos y los osos. Los sueños les servían de aviso; los árboles se inclinaban para enseñarles el sitio donde podían reposar: las fieras venían á lamerles las manos: los muertos resucitaban para adorarlos (2). El joven Findano, apresado por los piratas en la costa de Irlanda, se fuga y se oculta entre las rocas de un islote inhabitado; acosado por la marea que subía, se echa á nado, aporta á Belgia, se interna en el país de los Alemanes, construye allí una ermita y en ella muere (3). Le había precedido Fridolino, que había venido de las Galias, en el reinado de Clodoveo, para predicar la fe: se había internado mas allá de Coira, y habiendo tomado posesión de la isla desierta de Seckingen, fundó un convento de monjas, con la santa intención de vencer la incontinencia de aquel pueblo grosero con el espectáculo de la virginidad, y la fuerza con el respeto de la debilidad (4).

También fundó el claustro de San Hilario, cuna de Gláris. El ejemplo cundió, y los Francos Ruprecht y Wickard fundaron monasterios en montañas que se creían inaccesibles. Su santa vida atrajo discípulos: los pastores y cazadores de los contornos se apresuraron á construir sus cabañas en torno de los siervos de Dios, y los dos monasterios llegaron á ser las ciudades de Lucerna y Zurich.

Pero de todas estas misiones, la que efectuó la conversión de la Alemania, y dejó huellas eternas en la historia de la emigración de los Irlandeses, fué la de San Columbano.

En el año 590, cuando estaban á punto de desaparecer las costumbres cristianas entre los Francos á consecuencia de los desórdenes de la guerra y el descuido de los preladados, apareció en la corte del rey Gontrando un monje extranjero de treinta años de edad, de tan extremada belleza, que le había valido el amor de todas las jóvenes, así como su ciencia y piedad causaban la admiración de los monjes de Bangor, donde

(1) *Vita S. Columbani, auct. JONA monacho bobbiensi.*

(2) *Vita S. Fridolini, ap. BOLLAND. 6 de marzo.*

(3) *Vita S. Findani, ap. GOLDAST. Scrip. Rer. Germanic.*

(4) *Vita S. Fridol. En esta hay un pasaje de bondad extremada: « Magister tanta mansuetudinis erat, ut, quando pueri, » sicut mos est parvulorum, condescenderent arborum ramos » causa colligendi poma, juxta stipitem stans observaret » eorum descensum, quatenus suo blandius impositi dorso » nullatenus ruinam timerent, eisque tunc fugentibus dixit: » Fugite, o miseri, fugite, ne veniat qui vos absque miseri- » cordia damnet: »*

se refugiaran (1). Cediendo á su inspiración atravesó los mares para servir á Dios, predicándole entre pueblos que no le honraban, y acompañado de doce hermanos de su orden, obtuvo del rey la elección de una mansión próxima á los Vogesios, y se retiró á las cercanías de Luxeuil (*Luxovium*), que había sido colonia romana, y cuyos ídolos existían aun en el bosque contiguo. Veinte años pasó trabajando, estudiando y rezando. Para vencer la apatía del ánimo, dictó á sus discípulos reglas por este estilo. « El monje vive bajo la disciplina de uno solo y en la compañía de muchos, para aprender del uno la humildad, de los otros la paciencia... Siempre debe tratar de progresar, de rezar, trabajar, estudiar. Sea parco en el comer y hágalo por la tarde... El monje solo debe acostarse cuando le abruma el cansancio y debe levantarse sin terminar su sueño. No juzgará las decisiones de los ancianos: su deber es obedecer, conforme á las palabras de Moises, *Israel, escucha y calla.*

El austero legislador hacía florecer en torno suyo el cultivo de las letras antiguas, y cuidaba que los suyos se instruyesen en la gramática, retórica y geometría; componía él mismo versos en el metro de los de Virgilio y Horacio: bajo tal disciplina se formó la abadía de Luxeuil, que envió colonias que difundieron por toda la Germania ejemplos grandiosos y sanas doctrinas. La reforma, sin embargo, se verificó lenta y peligrosamente. Tierrico II había sucedido á Gontrando, y Brunegilda, su abuela, temiendo el crédito de una esposa coronada, le retraía del matrimonio, y le rodeaba de concubinas. Visitando Columbano un día á la reina, esta le presentó los bastardos de su hijo, suplicándole que los bendijese. *Sabed*, le dijo este, *que no reinarán, porque son hijos de prostitutas.*

Esto le acarreó persecuciones, y arrojado de Luxeuil con los primeros compañeros de su peregrinación, fué á buscar un asilo en el país de los Alemanes. Volvió á pasar el Rhin, recorrió el Aar, el Limmat, siguiendo hasta Zurich, predicando siempre la fe, destruyendo los ídolos, sufriendo con frecuencia las amenazas, injurias y persecuciones de los Bárbaros. Por fin, se detuvo á orillas del lago de Constantza, en un paraje fértil, coronado de montañas, y en el centro de las ruinas de la ciudad de Briganzio. En aquel sitio, y en una capilla dedicada á Santa Aurelia, los naturales adoraban y ofrecían sacrificios á tres ídolos de bronce, divinidades antiguas de aquella comarca. Llegó el día de celebrar la festividad de la patrona de la Iglesia, y los extranjeros reunieron la muchedumbre, la exhortaron á abandonar sus falsos dioses, rompieron los ídolos y los arrojaron al lago: acto continuo

(1) « Puellarum amoribus ob elegantium formæ exagitatus, » patriam deserit, in monasterio Banchor accipitur. » *Vita S. Colum.*

Columbano celebró el santo sacrificio en el altar purificado, y el Cristianismo tomó posesión de aquella región. Los monjes permanecieron allí tres años, unos cultivando la tierra, otros tejendo redes, y todos predicando la fe.

Los paganos, obstinándose en su idolatría, los abrumaban de injurias, y los acusaban ante los nobles Francos, diciendo que espantaban la caza de sus bosques, de cuyas resultas mataron dos monjes los mesnadores. Visto esto, dijo Columbano á sus hermanos: «Habíamos encontrado una concha de oro; pero está llena de sierpes,» y sacudiendo el polvo de sus sandalias, atravesó los Alpes, pasó á Italia, donde (612) fundó el monasterio de Bobbio, tercera estacion de aquella carrera gloriosa, que dejó tras sí una huella luminosa. Uno de los peregrinos irlandeses, atacado de fiebre, se habia quedado rezagado, viéndose solo, se retiró á las montañas circunvecinas, donde se fabricó una celda, principio de la abadía de San Galo, destinada á ser una de las lumbreras de la Iglesia Occidental que habia de iluminar la Germania Meridional: principado poderoso que mas adelante civilizaria á sus numerosos vasallos; escuela donde se habia de formar el genio nacional con el estudio de la antigüedad y donde por primera vez se escribiría la lengua tedesca: y andando el tiempo tras los teólogos y doctores saldrían los primeros poetas caba-llerescos.

La emigración irlandesa no se limitó á una provincia solo; ya se revelaba esa inclinación aventurera que en la actualidad los impele á enviar colonias á América, India y Oceanía. La caridad de los magnates fundaba hospicios en muchas poblaciones de la Galia para estos extranjeros, que traían consigo la ciencia: á San Livino, asesinado por los idólatras, sucedieron otros muchos predicadores; á fines del siglo VII, ocuparon la sede de Strasburgo dos Irlandeses uno tras otro; en el año 635, Kiliano, obispo de la misma nación, recibía en Roma la misión de convertir infieles, y habiéndose establecido en Wurzburg del Mein, bautizó á muchos y padeció el martirio.

Así iban las misiones introduciéndose en toda la Germania, y abarcaban la poderosa nación de los Bávares, donde se refugió Ruprecht, obispo de Worms, cuando tuvo que abandonar su sede; acogido en Ratisbona bautizó al duque, de allí marchó á la Pannonia, donde fundó la ciudad nueva de Salzburgo y tres abadías: aterrado el paganismo entre estos pueblos, vencido en los espíritus, se refugió en las pasiones; los ídolos cayeron sin mucho trabajo, mas la regeneración de las almas costó sangre.

Existían, pues, á fines del siglo sétimo en Germania tres pueblos convertidos al Cristianismo, Francos, Alemanes y Bávares: la religión que ya dominaba á los hombres empezó á influir en las instituciones, se compilaron los estatutos nacionales, que una vez escritos, quedaban permanentes, y clasificados é ilustrados,

poco á poco traducidos al latín, se acomodaron á la jurisprudencia, tomando paulatinamente la forma y el espíritu de las legislaciones ordenadas. Aun en el día se trasluce en el fondo del código de estos tres pueblos su origen pagano, pero se distingue también la introducción y desarrollo de tres elementos beneficiosos; la monarquía en los Ripuarios, el derecho canónico en los Alemanes, y el romano en los Bávares. Contrayéndonos al punto céntrico en todos ellos, donde, por decirlo así, la Iglesia encadenó la barbarie con providencias que la sujetaron, vemos los bienes del clero amparados por la ley; á los reyes confirmando é imitando la piadosa munificencia de los emperadores; las mandas de los fieles consagradas con un auto auténtico, depositado en el altar en presencia de seis testigos; el robo hecho á un sacerdote castigado triplemente que el hecho á un seglar. Aun en tiempo de conquista, cuando la posesión de lo conquistado por la fuerza, con la fuerza se conservaba, y cada propiedad era una fortaleza, y las guerras civiles exponían los bienes á la eventualidad de la victoria, ya en los códigos de los Bárbaros se reconoce el dominio que provenga de origen pacífico, y esté en manos débiles, bajo la salvaguardia del derecho: garantía que es la cualidad de la posesión entre las naciones modernas.

También se ostentan las disposiciones que aseguran la inviolabilidad de los eclesiásticos. El homicidio y la mutilación se castigaban pecuniariamente según el grado del delito, siendo mayor la pena si el ofendido era preste ó obispo; pero el castigo metálico no era compensación sacrilega entre el oro y la sangre; ofrecíase á la familia del muerto como una transacción que evitaba el derecho de represalias. Ofreciendo y aceptando el rescate las partes renunciaban el duelo, y se sometían al imperio de la ley que establecía la indemnidad. La Iglesia no podía aprobar los desafíos, y el matador no tenia que entenderse con los parientes, que por su corto número podía despreciar, sino con una sociedad poderosa que le hacia sufrir la humillación forzosa del castigo. Protegiendo con pena doble, triple, ó cuádruple, la vida del eclesiástico inerme, sobreponíase el respeto al miedo, fundábase la seguridad individual sobre un principio nuevo, en lugar de la defensa propia, costumbre de los Bárbaros, se instituía un reglamento mejor, por el que la ley sola imperaba entre ciudadanos voluntariamente desarmados.

Completaba esta legislación benéfica el derecho de asilo, contra el que tanto se ha declamado por no comprender su esencia. El asilo, es verdad, defendía al culpable, no de la justicia, sino de la venganza. En tanto que el ofensor estuviese en terreno sagrado, los ofendidos no podían desnudar la espada contra él; pero lo dejaban bajo la custodia del sacerdote, que de él respondía. De esto nacía la necesidad

de la transacción pecuniaria, que expiando la ofensa, evitaba las represalias y restablecía la paz.

Al mismo tiempo que el Cristianismo conquistaba naciones, extendía por ellas la civilización: veintitres sedes episcopales se contaban entre el Rhin y el Danubio, en la frontera que Augusto y Adriano señalaran como confines del imperio, de modo que al finalizar el sétimo siglo el Cristianismo habia recobrado cuanto perdiera aquel; hacíase, pues, necesario penetrar en la Gran Germania si se habia de asegurar la paz, toda vez que las tribus idólatras, tras de estar siempre amenazando el destruirla, ofrecían ejemplos de corrupción; mas para esto se necesitaba que el Cristianismo reuniese sus propias fuerzas, y que á las episcopales y monacales se uniese la intervención pontificia, y que la autoridad espiritual se apoyase en el brazo secular, así se verificó porque apareció un hombre que por su grandeza sirvió de lazo á tantos poderes reunidos y de instrumento á sus designios.

Hemos dicho ya, y lo repetimos ahora, que las iglesias germánicas, descuidadas por los papas, que indiferentes á sus fatigas solo se acordaron de ellas cuando llegó la ocasión de recibir homenajes y dinero, habian cumplido su tarea sin ayuda alguna; pero estas misiones, dirigidas sobre diferentes puntos y por hombres de distintas naciones, mal se hubieran sostenido si no tuvieran un pensamiento comun que regulase su conducta. Los sacerdotes franceses, irlandeses y galos, que hablaban un mismo idioma, versados en los mismos estudios, regidos por las mismas leyes, considerados como ciudadanos romanos en los códigos de los Bárbaros, formaban un pueblo latino que reconocía por jefe supremo al Pontífice romano. Para ellos Roma, aunque abatida, era siempre el centro de los destinos del mundo. El gran concurso que á ella afluía de todas las naciones, sus científicas escuelas, sus concilios, sus recuerdos producían un movimiento de ideas y doctrinas que atraía á esta ciudad á los hombres del Norte. Muchos obispos y monjes habian pasado los Alpes para satisfacer su piedad y regularizar sus intereses: las peregrinaciones suplían á las negociaciones, porque en aquella época se escribía menos para obrar mas. Sobre el sepulcro de San Pedro recibieron su misión Amando de Maestricht, Kiliano de Wurzburg, Corbiniano de Frisinga, y en el año 696 el monje anglo-sajon Wilibrod fué consagrado por el Pontífice romano para convertir á los paganos de la Frisia. Estos fundadores de iglesias recibían el poder de los papas; otros recibían consejos, pues á eso solo venían, porque las colonias cristianas, temerosas de los infieles, alarmadas por la indisciplina del clero y las supersticiones de los neófitos, acudían al gobierno tutelar, residente en el Vaticano. La correspondencia de Gregorio el Magno, y las actas de los papas Ormisda, San Martino, Conon,

Sergio, Constantino, manifiestan lo que por los Germanos hicieron estos infatigables ancianos, á quienes la salvación de las almas ocupaba incessantemente.

La Germania en esta época necesitaba de Roma, y cosa extraña, también Roma necesitaba de la Germania. Hacía mas de un siglo que la Italia estaba fatigada de sufrir la tiranía teológica de los emperadores griegos y sus rapaces exacciones, y los pueblos irritados habian derribado las efigies de los césares heréticos, y desechado su moneda. Empezaba á desarrollarse la persecución de los iconoclastas, y cada vez se veía mas claro que el imperio de Oriente se segregaba de la Cristiandad. Para sostener el equilibrio, debía esta reparar sus pérdidas en Occidente. Sabían los papas que en él tenían hijos turbulentos, pero al mismo tiempo valientes. En la hermosa nación de los Francos, entre las tribus ostrasianas, que eran la flor, reinaba, bajo el título de mayordomo de palacio, una familia de héroes. Pepino de Heristal con el poder de su ejército habia abierto camino en la Frisia al Evangelio y ensanchado la frontera cristiana: Carlos Martel, su hijo, habia arrojado á los paganos de la Sajonia hasta el Weser.

Ocupaba á la sazón la silla apostólica Gregorio II; patricio por su nacimiento y amantado en las tradiciones de la política romana, calculó los acontecimientos y no les tuvo miedo. Por una parte procuró ser fiel á lo pasado y no menoscabar la antigüedad del imperio: sostuvo á los Italianos en su deber sin abandonar sus derechos, y negó á los Longobardos las llaves de la ciudad eterna. Por otra parte no renunció á ese porvenir infinito que ha sido prometido á la sociedad cristiana, y asegurando la adopción de las naciones jóvenes del Norte le afirmó. Desde aquel momento solo tuvo dos móviles, animar los esfuerzos del apostolado en la Germania idólatra y consolidar las iglesias fundadas en las provincias de los Francos. Por su orden visitaron la Baviera tres legados, con encargo especial de restablecer la pureza del dogma y la severidad de la disciplina (1), pero estos legados no dieron completo resultado al Pontífice, que aun no habia encontrado el instrumento de sus designios; por fin, el año 719 se presentó á él un monje anglo-sajon, que después de sacar de debajo de su manto una carta sellada por su obispo, se la presentó y humildemente esperó la respuesta.

Se llamaba Winfrido, y tenía cuarenta y cinco años de edad, era natural de Kirton, reino de Wessex; su mucha erudición en las letras sagradas y profanas que adquiriera en las monasterios de Exeter de Nuschell, y la reputación de su doctrina, le valiera el ser nombrado para las cátedras de los conventos y que le consultaran todos los particulares en sus negocios; para

(1) SCHANNATT, *Concilio Germ. ad ann. 716.*

todo tenía salida, pues su talento no encontraba obstáculos; mas renunciando á estos honores, resolvió partir á Frisia á iniciarse en el apostolado bajo la dirección de los obispos Wilibrod y Wulfran: hubiera satisfecho este piadoso anhelo si la insurrección armada de Ratbord, duque de los Frisones, contra Carlos Martel, no hubiera dispersado á los Cristianos nuevos, por lo que Winfrido tuvo que refugiarse á la Gran Bretaña. De allí salió para Roma á confirmarse en su vocación. Escuchóle el papa, le animó en su idea, y despues de asegurarse de su doctrina y piedad, le envió, en nombre de la indivisible Trinidad, y por la autoridad de San Pedro, príncipe de los apóstoles, á llevar la palabra de Dios á las naciones infieles.

Provisto de tales poderes Winfrido se volvió por la Lombardía, la Baviera, la Turingia, la Francia, «tratando, segun las instrucciones de la Santa Sede, á los pueblos como á las abejas que zumban al rededor de las flores de un jardín ántes de libar la miel en el cáliz que apetece». Cuando con la muerte de Ratbord terminaron las persecuciones que desolaban la Frisia, volvió al lado de Wilibrod, á quien ayudó en sus funciones por espacio de tres años, hasta que sobresaltado de la carga episcopal que el anciano queria transmitirle, se retiró (722) á ejercer las faenas mas humildes al país de los Assianos, confinantes con los Sajones. Al encontrarse solo en aquellos bosques y entre pueblos peligrosos, parece que el horror de la soledad turbó un instante su calma; pues en la amargura de su corazón escribió á sus hermanos de los conventos de la Gran Bretaña, pidiendo consejos y consuelos, con especialidad al obispo Daniel de Winchester, maestro de su juventud. Daniel le contestó, infundiéndole valor y reanimando su celo. «No os detengáis, le escribia, en predicar contra las genealogías de sus falsos dioses; dejad que repitan en vuestra presencia que sus dioses nacieron unos de otros por obra de varon; con esto podréis probarles que dioses y diosas nacidos de naturaleza humana no son mas que hombres, y que habiendo tenido principio su existencia no existieron, pues, siempre. Luego les preguntaréis si el mundo tuvo principio ó es eterno; y si tuvo principio, ¿quién lo ha criado? ¿y dónde existían ántes de la creación estas divinidades que nacieron? Si dicen que es eterno, ¿quién lo gobernaba ántes de la venida de los dioses? ¿Por qué sometieron á sus leyes este mundo que no las necesitaba? ¿De dónde vino el primero? ¿y por quién fué engendrado aquel que engendró á los otros? Estas y otras objeciones, hacedlas con moderación y mansedumbre, no con dureza ni acrimonia. Si elogian el imperio inmemorial de sus dioses, decidles que los ídolos fueron adorados en toda la tierra ántes que esta se reconciliase con Dios por la gracia de Jesucristo.»

Este miramiento con las tradiciones nacionales, esta tolerancia apoyada con tanta fuerza

y austeridad, atrajeron poco á poco á los Bárbaros, que salían de sus chozas para escuchar al sabio extranjero que hablaba su idioma, y conocia las tradiciones de sus antepasados. Bautizáronse muchos, y se reconciliaron los que bautizados hacia mucho tiempo habian vuelto á adorar los ídolos: dos hermanos conmovidos por los discursos del sacerdote le dieron una posesion suya llamada Amnburgo, donde construyó una iglesia y monasterio. En vista de estos resultados envió á su discípulo Binna para que diese cuenta de ellos al Pontífice romano, y poco despues marchó él mismo en persona.

Con el segundo viaje de Winfrido á Roma empieza la segunda época de su mision. El papa le recibió en la basilica del Vaticano, confirió largo rato con él, y le preguntó su profesion de fe, que dió por escrito, «para que no se le olvidase cosa alguna en materia tan grave en el trascurso de la conversacion.» Por último el dia de San Andres del año 723, Gregorio II le consagró obispo regionario, ó lo que es lo mismo, sin límites de jurisdicción, y cambió su bárbaro nombre por el profético de Bonifacio.

Al volverse Bonifacio á las naciones del Norte le dió el papa el libro de los sagrados cánones y cartas para Carlos Martel, duque de los Francos, para los obispos, y para los Cristianos, á quienes exhortaba á protegerlo, ayudarlo y favorecerlo; tambien le escribió á los ídólatras turingios y sajones, cerca de los cuales le acreditaba como enviado de Dios para la salvacion de sus almas.

La primera persona que despues de su salida de Roma visitó Bonifacio fué Carlos Martel, quien le dió un salvoconducto firmado por su mano y sellado con su anillo, y en el cual ordenaba á los obispos, duques, condes, palatinos y oficiales de todas graduaciones, que respetasen al hombre apostólico «para que encontrase en su camino paz, justicia, y seguridad.» Volvióse, pues, á la Turingia y á la Assia, donde le esperaban muchos neófitos para que les impusiese las manos. Como aun habia muchísimos que en público ó privadamente ofrecian sacrificios á los árboles y fuentes, y practicaban la adivinacion y la magia, consultando el canto de los pájaros, se determinó por consejo de los mas instruidos derribar un árbol extraordinariamente alto, que los paganos llamaban encima de Thor, cerca de Geismar. Acudieron infinidad de Bárbaros amenazando defender con los armas este último signo del culto de sus padres, y dispuestos á matar al enemigo de sus dioses. Apareció el obispo rodeado de su clero, y á los primeros golpes de la segur, la encima, como impulsada por un soplo divino, se desplomó bajo el peso de sus ramas y cayó dividida en tres partes, de modo que sin trabajo alguno se rompió en cuatro troncos grandes. La muchedumbre ídólatra retractó sus amenazas y alabó al Dios de los Cristianos.

Esta victoria de un día debía ser apoyada por el esfuerzo de muchos años. Del árbol consagrado se construyó un oratorio en honor de San Pedro, y en las cercanías de Altemburgo y de Ordruf se fundaron iglesias; y como no fuesen suficientes los pocos y pobres prestes que habia, Bonifacio escribió á los obispos de la Gran Bretaña, doliéndose de la responsabilidad que le imponian sus deberes episcopales. «Porque aquellos que son llamados al ministerio de la palabra no les basta vivir santamente, y perecerán si se cansan ó dejan de buscar á los descarriados, como aquellos que perecen por su silencio.» Reclamaba por tanto su ayuda, pidiéndoles ornamentos sacerdotales, campanas, y principalmente libros, *las preguntas* de San Agustín de Cantorbery, apóstol de los Anglo-Sajones, con las respuestas de San Gregorio Magno; los comentarios de los padres sobre San Pablo, las epístolas de San Pedro; además pedia nuevos operarios para la predicacion del Evangelio: los monasterios anglo-sajones le suministraron lectores y escritores, futuros obispos, y monjas, ante cuya piedad se amansaba la ferocidad de los Germanos.

Pocos años despues Bonifacio daba leyes, ritos y costumbres á mas de cien mil adeptos. Era tan inflexible en su disciplina que no quebrantaba los ayunos monásticos á pesar de las fatigas apostólicas, siendo incansable en introducir en sus nuevas iglesias los santos cánones en toda fuerza. En el año 731, recibió del Papa el pálio, en señal de autoridad metropolitana, y con el establecimiento de los obispos sufragáneos completó el arreglo de la sociedad católica en una comarca donde nueve años ántes plantara una cruz de madera entre las cabañas de un pueblo salvaje.

En este intermedio las empresas de Carlos Martel, asegurando la victoria de los Ostrasianos en la Neustria, y de la aristocracia militar sobre la monarquía habian cambiado la faz del país. Los Francos orientales se abrazaron como conquistadores en las ciudades del Occidente y del Centro que gobernaban pacíficamente los oficiales del rey, y todas las violencias de una invasion bárbara se confundieron en el cambio de una revolucion política. Por este tiempo los ejércitos sarracenos atravesaron los Pirineos y se extendieron por la Setimania y la Aquitania; en el valle del Ródano ocuparon á Leon, Besanzon, y avanzaron hasta Sens; cruzado el Garona y conquistado Poitiers; amenazaban incendiar el santuario nacional de San Martin de Tours. La batalla que salvó la Iglesia de los Galos, les costó cara, pues sus bienes fueron dados en féudo á sus guerreros, y Carlos, asediado de las importunidades de los suyos, arrojó á sus obispos y abades.

Ocuparon sucesivamente la sede de Maguncia dos soldados: Geraldo, que pereció en un combate contra los Sajones, y Gewielieb, su hijo, que buscó al matador de su padre, le traspasó con su espada, y sin remordimiento alguno

continuó oficiando (1). Prelados de esta clase mal pudieran refrenar al clero; el desorden no conoció límites; desvaneciéronse los restos de la reforma verificada por San Columbano, y si hemos de creer á Incmaro, por un momento desapareció del todo el Cristianismo, y en las provincias orientales se restablecieron los ídolos; para cúmulo de desgracias la herejía griega, propagada en el Mediodía de la Germania por los Godos y Erulos, renacia de sus cenizas el arrianismo aparecia en Baviera, y unos monjes africanos habian difundido las doctrinas maniqueas. De aquí resultó que se veían obispos sin sede, sacerdotes sin mision, siervos tonsurados que huían de casa de sus dueños, clérigos adúlteros que salían de las orgias embriagados y bamboleándose para ir á leer el Evangelio al pueblo. Sacerdote habia que despues de sacrificar toros y cabras al dios Thor, bautizaba á los niños sin saber en nombre de qué divinidad. El hereje Adalberto recorria las orillas del Rhin, haciendo leer en su presencia una carta de Cristo, traída por los ángeles, ofreciendo milagros, y distribuyendo reliquias. La multitud, arrancada de los oratorios que ella misma construyera bajo su propia invocacion, desertaba de las iglesias, y ya no escuchaba la voz de sus pastores. Estos extravíos recordaban los errores del gnosticismo y demostraban el trabajo que costaba á la razon humana, seducida por la idolatria, doblegarse á la verdad (2).

Bonifacio tenia que salvar á la Germania cristiana de un peligro político y teológico, y esto es lo que hizo en el tercer periodo de su mision, que como en los otros dos empezó por una peregrinacion. Ya, al visitar las riberas del Danubio, habia visto la tiranía de los grandes, la corrupcion de los eclesiásticos, la audacia de los sectarios; males eran estos que exigian una represion decisiva. Por muerte de Gregorio II, ocupara la silla pontificia Gregorio III, que seguia la marcha trazada por su antecesor y á él acudió, saliendo para Roma el año 738, acompañado de un numeroso séquito: allí recibió del sumo pontífice la hospitalidad mas fraternal, de los Romanos la veneracion, y la piadosa solicitud de los extranjeros Francos, Bárbaros, Anglo-Sajones, y de los peregrinos de todas las naciones, acompañándole siempre una multitud de personas que no querian perder sus discursos. Pasó un año entero en la ciudad eterna, ocupado en poner orden á los negocios de su diócesis en union de Gregorio III, en visitar los sepulcros de los Santos para encomendar á sus oraciones el resto de sus ancianos años. Marchó por fin lleno de regalos, con tres cartas para todos los prelados, para las naciones convertidas, y para los obispos de los Alemanes y de los Bárbaros. Se le habia conferido una nueva y honrosa mision, la de

(1) OTHLON, *Vita S. Bonifacii*.

(2) WURDTWEIN, *Epist. Bonif. 142; Epist. p. Zachariae, 114 y 140.*